

LAS PUERTAS DE JERUSALÉN

Primera parte

Este comentario fue escrito en 1908 y nos da una visión de las causas de las cinco divisiones ocurridas en el movimientos de los Hermanos durante el último cuarto de siglo. Se toman las puertas ya que es el lugar del gobierno, figura de la administración en la Asamblea.

Russell Elliott,
Con nuevo prefacio.
Tercera edición. Revisada.

«Los reyes de la tierra y todos los habitantes del mundo no habrían creído que el adversario y el enemigo entraría por las puertas de Jerusalén» (Lamentaciones 4:12).

«Porque sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño» (Hechos 20:29).

«A todos los que amo, los reprendo y los castigo; por tanto, sé celoso y arrepiéntete» (Apocalipsis 3:19).

Contenido

	Págs.
Prefacio	2
Las Puertas de Jerusalén	7
Punto principal	10
Primero: La raíz	12
Segundo: Las Causas	16

Prefacio a la tercera edición.

La omisión de algunas frases, aquí y allá, en esta tercera edición no ha alterado en absoluto el contenido del libro, y no difiere de sus predecesores, salvo por ser un poco más concisa.

Quizás convenga tener en cuenta algunas críticas, aunque ninguna ha requerido modificación alguna. El uso del término «eclesiasticismo» en las páginas siguientes ha sido malinterpretado por algunos. Se refiere, no a la *Iglesia* de Dios, sino, en general, a toda organización humana que le es contraria, desfigurando su carácter y obstaculizando su expresión; si bien, en uno o dos pasajes, sí alude a lo que el apóstol Pablo solía establecer. Otro ha objetado el término «ideas» y habría propuesto sustituirlo por «hechos». Pero los hechos siempre estuvieron presentes; lo que los creyentes habían perdido era la idea misma de ellos. Siempre se había hablado de la Iglesia —el hecho—, pero se había perdido la noción de ese hecho. Otra objeción es que, si bien el libro expone el fracaso, no ofrece la solución. Sin embargo, nos atrevemos a pensar que ni siquiera esto es del todo inexistente; y remitimos al lector especialmente a las páginas 28-30, 36-37, 42 y 45-59.

Desde que se publicaron la primera y la segunda edición, el último párrafo del libro (el penúltimo en esas ediciones) se ha convertido en historia. Dice así: «Finalmente, la cuestión suprema del momento es si nos hundiremos en el mero sectarismo, interesados sólo en aquellos que están de acuerdo con *nosotros* —un sectarismo de la peor clase porque es el más estrecho, el más intolerante y el más esclavizado— o si, dejando de lado las ataduras de un eclesiasticismo inútil y pernicioso —ampliado y libre porque posee sólo lo que el Espíritu ha formado por su presencia, y Cristo es la Cabeza— seremos conocidos como aquellos cuyo único vínculo es Cristo, y cuya única ley es el amor. “Uno es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos”». Algunos han respondido a esta pregunta. Han declarado públicamente con sus actos posteriores que pretenden aferrarse al sectarismo, que sólo están interesados en aquellos que están de acuerdo con ellos —rechazando positivamente a todos los demás; y en lugar de reconocer lo que el Espíritu ha formado y de lo que Cristo es Cabeza, se declaran satisfechos con un mero círculo de reuniones, fuera del cual no debe haber ningún reconocimiento.

Si se me permite expresar mi opinión, el autor ha optado por un camino opuesto. Sus convicciones y circunstancias lo han llevado más allá de toda barrera sectaria. La libertad y la alegría que ha hallado con el Señor en un camino de verdadera libertad son indescriptibles. Si bien no reconoce ni se siente obligado por ningún grupo de reuniones, con gusto asistirá a cualquier lugar donde se mantenga el orden bíblico; donde se reconozca al Espíritu Santo como la verdadera fuente de la adoración y el ministerio; donde se busque la gloria del Señor en obediencia a su Palabra; y donde sea recibido simplemente como siervo de Cristo y miembro de su cuerpo, la Iglesia. No se atreve a someterse a otras

pruebas ni limitaciones. ¿Dónde encontramos en las Escrituras un grupo de reuniones que defina nuestra comunión y nuestro ámbito de servicio? ¿Dónde se nos exhorta a pertenecer a uno de ellos?

El efecto de tal exclusivismo es cerrar la puerta a muchas almas piadosas que caminan en comunión con el Señor; mientras que quienes están dentro a menudo se encuentran en un plano espiritual y moral inferior. Un círculo de reuniones simplemente significa el acuerdo de aquellos que discreparon de otros en algún punto no vital para el cristianismo. ¿Quién no ve que esto es totalmente inadecuado y que no es en absoluto fundamento de la Iglesia? Lo peor de todo es que coloca todo lo que debería mantenerse supremo en un lugar subordinado. Cristo ya no es *realmente* el vínculo (¿o por qué se excluye a sus fieles seguidores?), sino alguna reunión, o persona, o aspecto de la verdad. La pertenencia al único cuerpo de Cristo ya no es suficiente, sino que debe haber una membresía adicional. Mientras que la comunión en algún otro asunto toma el lugar de, o al menos priva de toda su fuerza a la comunión de la sangre de Cristo, la comunión del Espíritu Santo, la comunión unos con otros en la luz como Dios está en la luz. Todo esto es verdaderamente lamentable, pues no es más que una caricatura de la Iglesia, y no puede haber verdadera prosperidad hasta que se abandone. Gracias a Dios que está liberando a muchos de tales pactos anticristianos. La restricción de la comunión a ciertos miembros de las asambleas reconocidas siempre fue sectaria, aunque se confundió con la «unidad del Espíritu». Ahora se ha vuelto francamente ridícula a la luz de las crecientes divisiones. Tanto es así que algunos, al menos, comienzan a sentirlo y ya no reclaman para su círculo particular ningún fundamento divino propio.

Quizás lo más triste de todo sea la necesidad que recae sobre cada círculo de difamar y desacreditar a los demás. Sólo así se puede mantener cada grupo de reuniones. Porque si no hay nada que reprochar a otro grupo, ¿por qué se mantiene el círculo? Hermanos en el Señor, esta terrible vergüenza debe cesar. Y podría cesar, manteniendo todo lo que vale la pena mantener. No significaría pérdida, sino ganancia en todos los sentidos. Al reprochar a nuestros hermanos, el estigma se vuelve con más fuerza contra quienes lo hacen. El estigma que buscamos imponerles se nos marca a nosotros mismos de una manera más profunda. La única forma de liberación es dejar de hacer que la comunión dependa de las reuniones y hacerla depender de la obra de Dios y de la constancia en ella. Si el apóstol Pablo regresara a la tierra, ¿limitaría su servicio y comunión a un solo grupo de reuniones o a una sola secta? «No», decía, «no voy a limitar la verdad ni la obra de Dios. Conozco un solo Evangelio, y es para toda criatura. Conozco una sola comunidad eclesial, y abarca a todos los santos» (Col.1:23-29; Ef.3:14-21). Pensemos en el apóstol Pablo, a quien no se le permitió predicar hasta que se unió a un grupo específico de reuniones. Sin embargo, en principio, es tan malo aplicar tales pruebas al más humilde de los siervos de Cristo como al más grande. Nada es más claro en Marcos 10:36-42 que rechazar al más pequeño de los que pertenecen al Salvador es rechazarlo a Él. Que alguien se atreva a hacer tal cosa escapa a nuestra comprensión.

Deshagámonos de la presunción que considera a la Iglesia de Dios como un coto privado, un monopolio que se explota para beneficio propio. Se cree que son necesarios círculos de reunión para evitar la contaminación con otros círculos. Esta es la idea del *redil*, no del *rebaño*, y por lo tanto, una negación del cristianismo. El *redil* ha sido abolido para siempre. Revivirlo en su forma más engañosa implica insistir en que los cristianos entren en nuestro recinto antes de que se les permita compartir el pan. Es negar la verdad y el propósito mismo del movimiento al que pertenecemos. Cuando el Apóstol habló de «lobos» que entran sin perdonar al rebaño, nunca sugirió protegerlo con un redil. Sugirió *alimentar* al rebaño como la mejor protección, y que los pastores se cuidaran a sí mismos, encomendándolos a «Dios y a la palabra de su gracia».

Arriba se presentan algunas de las razones para rechazar el exclusivismo *tal como se practica hoy en día*. El autor no puede evitar sentir que se ha derrumbado por completo. No se puede remediar, debe terminarse. Es erróneo en principio. El otro día, un amigo con quien nos hospedábamos, que es fabricante de máquinas, entró en casa y nos dijo que estaba cubierto de detergente en polvo. Había estado inspeccionando una máquina para llenar bolsas de papel con este detergente. "Pero es un fracaso", dijo. "¿No se puede modificar?", preguntamos. "No", respondió, "es erróneo en principio, y una máquina construida sobre un principio erróneo nunca funcionará correctamente, hagas lo que hagas con ella. Siempre intento inculcar a mis trabajadores", concluyó, "que existe algo así como una *conciencia mecánica*. Y una máquina se niega a funcionar correctamente a menos que el principio sobre el que se basa sea verdadero". Esto arroja mucha luz sobre el otro principio que estamos considerando. ¿Ha funcionado correctamente el exclusivismo? No. ¿Por qué no? Se basa en un principio erróneo. Si existe algo así como una «conciencia mecánica», sin duda existe una *conciencia cristiana* que clama contra las acciones de esta máquina de destrucción. Ha hecho todo lo posible por destruir el movimiento inaugurado hace ochenta años. Dispersa donde debería congregarse. Separa corazones y vidas donde se pretendía unirlos. Produce orgullo farisaico y autosuficiencia. A menudo fomenta lo peor y descuida lo mejor, llamando bueno a lo malo y malo a lo bueno. En resumen, se ha convertido en el enemigo de todo lo que contribuye a la paz y la prosperidad de los hijos de Dios.

Al decir todo esto, nos referimos únicamente a una clase de exclusivismo bien conocida por muchos de quienes lean estas líneas. Sin embargo, existe el *verdadero* exclusivismo, y cualquier análisis justo de la comunión de los creyentes debe tenerlo en cuenta. Pero este tema, si se quiere llegar a una conclusión valiosa, debe considerarse exclusivamente desde la perspectiva de las Escrituras, y no desde el punto de vista de las afirmaciones contrapuestas de los llamados principios «exclusivos» y «abiertos». La pregunta es: ¿Existe el verdadero exclusivismo? Y, de ser así, ¿en qué consiste?

Las Escrituras nos revelan una exclusividad correcta y otra incorrecta. Fue correcto cuando Adán fue excluido del Jardín. La naturaleza del caso lo exigía.

Se había rebelado contra Dios. Y también pudo haber sido para su propio bien, pues la razón dada es: «para que no extienda su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre». Fue correcto cuando Sara le dijo a Abraham: «Echa fuera a esta esclava y a su hijo, porque el hijo de esta esclava no heredará con mi hijo, ni con Isaac». La carne debe ser rechazada. Fue correcto de nuevo cuando Dios le dijo a Moisés: «Ordena a los hijos de Israel que expulsen del campamento a todo leproso... que no profanen sus campamentos *en medio del cual yo habito*» (Números 5:2-3). También en 1 Corintios 5 y 2 Juan, tenemos ejemplos similares. Uno es un caso de maldad flagrante; el otro, de error fundamental.

Pero también existe una exclusión errónea. En Juan 9 tenemos el caso del ciego, a quien se le había devuelto la vista y que fue expulsado. En su orgullo, los fariseos se negaron a ser enseñados por él, y tuvo que irse; no por ninguna maldad, sino por la luz que poseía. De nuevo, en Juan 12:42, leemos: «Sin embargo, entre los principales gobernantes muchos creyeron en él; pero por temor a los fariseos no lo confesaron, para no ser expulsados de la sinagoga». Y el mismo espíritu se manifestó pronto en la iglesia. Leemos en la tercera epístola de Juan a Diótrefes: «Él mismo no recibe a los hermanos, y a los que quieren entrar, se lo prohíbe, y *los expulsa de la iglesia*».

¿Hay algo más triste bajo el cielo que ver a hombres religiosos, movidos por un celo desmedido por lo que consideran correcto, actuando de esta manera? La justa exclusividad de la segunda epístola de Juan se convierte en la errónea exclusividad de la tercera. ¿No existe el peligro de que algo así se repita hoy en día?

Los fariseos de la época de nuestro Señor representan el peor ejemplo posible del principio de exclusividad. Si queremos ver hasta dónde puede llegar y las nefastas consecuencias, basta con observarlos. Sin embargo, aquellos que se ganaron las más mordaces reprensiones jamás pronunciadas por Cristo no siempre fueron como Él los encontró. Al comienzo de su historia, que empieza poco después del regreso de Babilonia, tenían un carácter muy diferente. Se les conocía como los asideos y, en sus objetivos y métodos, se parecían mucho a nuestros puritanos ingleses. Abogaban por la separación de todo lo que consideraban perjudicial para la vida religiosa de la nación; y, sin duda, al principio tenían razón. Pero gradualmente surgió, por un lado, un formalismo sin vida y, por otro, un espíritu perseguidor que no toleraba nada que se saliera de sus estrechos objetivos y concepciones, hasta que finalmente los encontramos estereotipados tal como se presentan en el Nuevo Testamento. El mismo Señor no escapó a sus críticas, ni siquiera a sus censuras. Llegaron incluso a acusarlo de *libertinaje*. «Este hombre», decían con desdén y desprecio, «recibe a los pecadores y come con ellos».

Que nuestra exclusividad jamás se vea marcada por tales rasgos. Estos enemigos de la verdad y la libertad otorgaban un valor desmesurado a lo meramente externo. Constantemente afirmaban que esto era ilegal y aquello también. Eran

separatistas acérrimos, incansables en sus esfuerzos por hacer prosélitos y, según ellos mismos, las personas más perfectas de su época.

Que este tipo de exclusivismo no ha desaparecido del todo lo demuestra el siguiente ejemplo. Un cristiano asistió al funeral de su suegro y pronunció unas palabras junto a la tumba. Como no pertenecía a la comunidad cristiana, algunos lo criticaron y lo molestaron. Sin embargo, lo que dijo estaba en plena consonancia con la verdad, y algunos afirmaron que era lo único que merecía la pena oír en aquella ocasión. Es triste pensar que no bastara con que el orador fuera cristiano y que sus palabras fueran apropiadas y reconfortantes. En contraposición, se argumentó que no asistía a ninguna de las reuniones registradas en cierto libro. Su estado espiritual, su comunión con el Señor y sus palabras quedaron eclipsados por este hecho. Y ese hecho, en ciertas circunstancias, puede no tener prácticamente ninguna importancia.

Consideremos otro ejemplo, y este tipo de situaciones podrían repetirse una y otra vez. Una señora, cuyo esposo empleaba a muchos trabajadores en su hacienda y celebraba reuniones para predicar el evangelio, solía tocar el armonio durante el servicio religioso. No vio razón para negarse a la simple petición de su esposo de que lo hiciera. Por este acto, fue excluida de la comunidad cristiana con la que se relacionaba. Cabe mencionar que algunos de los que participaron en esta exclusión eran empleados de su esposo. Una vez más, todo se sacrificó por una sola cosa. Un asunto sobre el que incluso los cristianos más devotos discrepan prevaleció sobre todo lo demás.

Un ejemplo más del funcionamiento de este principio bastará. Se trata de un extracto de un artículo que trata sobre lo que el autor denomina «vínculos». «Un ser querido, perteneciente a una de las muchas sectas de la cristiandad, fallece, y a menudo, junto a la tumba, se puede ver a quienes profesan haber abandonado las organizaciones humanas y estar libres de lo que se llama sistema, pero que, por amor y afecto al difunto, reconocen lo que antes consideraban tan contrario al Espíritu de Dios, demostrando así mayor devoción a sus familiares que a Cristo. A quien profesan honrar en la mañana del Domingo de Resurrección. Esto también se aplica a los matrimonios». Es una obra maestra. Resulta incomprensible cómo, estando junto a una tumba, donde se celebra un rito funerario *cristiano*, alguien puede reconocer lo que antes consideraba tan contrario al Espíritu de Dios. Pero este exclusivismo fanático no sabe distinguir entre dos mundos. Todo debe estar al mismo nivel, sin matices, y regirse por una regla inalterable.

Pero basta ya. Lo dicho demuestra que existe una exclusividad justa que rechaza el mal —un mal que cualquier creyente, por mínimo que sea su inteligencia, puede reconocer— e incluso a quienes se asocian voluntariamente con él; pero no rechaza a los hijos de Dios que caminan en su temor. Y que existe una exclusividad errónea que se enfrasca en nimiedades, que sacrifica todo a la forma; y que, al prestar toda su atención a lo externo, ignora lo espiritual y esencial. Y al hacerlo, a menudo excluye el bien y retiene el mal al establecer un

criterio de verdad completamente falso.

En un mundo como el nuestro, y en medio de un cristianismo corrompido, debe existir el exclusivismo. Pero que sea del tipo correcto, en armonía con las Escrituras, y que resulte recomendable para quienes buscan vivir piadosamente en Cristo Jesús. En las páginas siguientes, entre otras cosas, el autor busca mostrar qué es el verdadero exclusivismo y dónde cree que se han sobrepasado sus límites. *Diciembre de 1908.*

[En «UNIDAD» (próximamente disponible) se abordan con mayor profundidad las cuestiones de la comunión y la acogida.]

Las puertas de Jerusalén.

Es un dicho popular que «lo inesperado siempre sucede». En los días de prosperidad de Jerusalén, nadie esperaba que la Ciudad del gran Rey, objeto de admiración y envidia del mundo entero, cayera un día en manos del enemigo y su gloria se redujera a polvo. «Los reyes de la tierra y todos los habitantes del mundo jamás hubieran creído que el adversario y el enemigo pudieran entrar por las puertas de Jerusalén». Sin embargo, así fue, y hubo una razón para ello. Siempre hay una razón, incluso para las cosas más *inesperadas*; y si somos lo suficientemente sabios y observadores, no dejaremos de descubrirla. La razón de todo se encontraba en el propio pueblo. Las cosas no suceden de forma tan arbitraria en este mundo nuestro, como a veces tendemos a suponer. Siguen una ley fija. Puede que no siempre seamos capaces de rastrear su funcionamiento o de observar con precisión su desarrollo, pero ahí está, silenciosa, inevitable e implacablemente, siguiendo su curso.

Así sucedió en Israel. *El corazón de la nación se apartó de Jehová.* Él los había escogido para ser un reino de sacerdotes y una nación santa. Prefirieron otros dioses y caminos que no eran los suyos. ¿Por qué? ¿Acaso no había sido bueno con ellos? Sí, más allá de toda comprensión. «¡Feliz eres, Israel! ¿Quién como tú, pueblo salvado por el Señor?» ¿Acaso alguna de sus promesas había fallado? Ni una sola. «Ninguna de las cosas buenas que el Señor había prometido ha fallado; todo se ha cumplido». ¿Era su poder inferior al de estos dioses por los que lo abandonaron? En absoluto. No podían ver, ni saborear, ni oler. Él era el Creador de todas las cosas, el Todopoderoso de quien se podría decir que «cabalga sobre los cielos para ayudarte, y en su excelencia sobre el firmamento». ¿Por qué, entonces, lo abandonaron? La respuesta es que *era demasiado santo para ellos.*

Les había dicho: «Sed santos, porque Yo soy santo». Esto les disgustaba. Él siempre buscaba mantenerlos a un cierto nivel moral, y esto se volvió irritante.

Ellos se contentaban con descansar en lo externo y visible, mientras que Él siempre intentaba enseñarles a «practicar la justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con su Dios». Y es fácil ver, al leer a los profetas, y en especial a los profetas menores, que existía una continua controversia entre Dios y su pueblo precisamente sobre estos temas. El primer capítulo de Isaías lo resume todo, donde, debido a sus caminos, Jehová se dirige a ellos, como a Sodoma y Gomorra, y les dice: «¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios?... No traigáis más ofrendas vanas... No puedo prescindir de la convocatoria de asambleas; es iniquidad, incluso la reunión solemne». Luego les dice lo que les exige: «Dejad de hacer el mal; aprended a hacer el bien». Concluyendo con la solemne advertencia: “Si os negáis y os rebeláis, seréis devorados por la espada”.

Se negaron y se rebelaron. Despreciaron todos sus consejos y no quisieron aceptar sus reprensiones, y la triste y solemne consecuencia queda registrada en las palabras ya citadas: «El adversario y el enemigo entraron por las puertas de Jerusalén», y lo que los reyes de la tierra y todos los habitantes del mundo jamás hubieran creído que sucedió.

¿Podrá el lector transportarse ahora a un período varios siglos después? La escena transcurre en un aposento alto en las calles de la misma Jerusalén. Allí se encuentran reunidos varios discípulos del Señor Jesucristo. Esperan el cumplimiento de su promesa de que el Padre les daría otro Consolador que moraría con ellos para siempre. El mandato fue: «Permaneced en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto». El día de Pentecostés, esta promesa se cumplió, y sobre la multitud reunida descendió el Espíritu Santo con el sonido de un viento impetuoso, y se posó sobre cada uno de ellos como lenguas de fuego repartidas.

¿Cuál era el propósito de todo esto? Su Señor y Maestro, antes de su ascensión, les había dicho que debían ser testigos de Él y que el arrepentimiento y la remisión de los pecados debían predicarse en su Nombre entre todas las naciones, comenzando en Jerusalén. Esta Jerusalén —esta ciudad favorecida pero culpable—, una vez tan culpable que Dios tuvo que permitir que el adversario y el enemigo entraran por sus puertas, y que ahora había intensificado su culpa cien veces más con el asesinato del Hijo de Dios, iba a ser el escenario donde se daría el primer testimonio de la resurrección de Cristo y donde los primeros y peores pecadores serían salvados. Pero Israel, como nación, rechaza su testimonio.

¿Qué hará Dios? Revelará su propósito eterno respecto a la Iglesia. La Jerusalén terrenal —que una vez fue el centro de todos los designios de Dios en relación con la tierra— queda relegada, y cuando Esteban es martirizado, el Espíritu Santo lo guía a elevar su mirada fijamente al cielo, apartándose por completo de la tierra. En el cielo contempla la gloria de Dios y de Jesús. Aquí se despliega el plan eterno: un Hombre en la gloria de Dios, y la Iglesia asociada a Él, reconocida como su cuerpo en la tierra. Saulo de Tarso se convierte y se convierte en el

instrumento elegido para dar a conocer este misterio. Los que se reunieron en el aposento alto, a quienes se unieron otros el día de Pentecostés, formaron el núcleo de esta comunidad.

Pero existe otro aspecto del llamado de la iglesia. Debe ser testigo ante los hombres de la gracia y el carácter de Dios. En este sentido, toma el lugar de Israel, aunque el testimonio fue de una naturaleza superior y diferente. ¿Lo hará mejor? Israel demostró ser infiel y mentirosa. ¿Será ella más fiel y veraz?

¿Acaso las palabras del apóstol Pablo, citadas al comienzo de este trabajo, no nos dan la respuesta? «Sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos». ¿Quién lo habría creído? ¿Quién, que contemplaba a aquel grupo inicial con toda la frescura del primer amor, impulsado irresistiblemente por la marea del poder divino y tan preocupado por el bien de los demás, habría creído que podría dividirse y dispersarse? En lugar de sacrificarlo todo por el bienestar del resto, el lobo aparecería, sin perdonar al rebaño; y en lugar de perseverar con firmeza en la doctrina y *la comunión del apóstol*, se levantarían hombres que hablarían cosas perversas para arrastrar *tras sí a los discípulos*. Así fue como «el adversario y el enemigo entraron una vez más por las puertas de Jerusalén».

Todo lo que ha sucedido desde la profecía del apóstol da testimonio de su veracidad. Así como también las palabras del mismo Cristo. Comparó el Reino de los Cielos con un grano de mostaza que se convirtió en un gran árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas; y también con la levadura escondida en tres medidas de harina hasta que toda la masa fermentó. La iglesia se convirtió en un vasto sistema eclesiástico donde el hombre se exhibía y donde las falsas enseñanzas tendían a destruir la fe.

Como comunidad, los cristianos dejaron de ser lo que Dios quería. Negaron tanto su carácter como su llamado. El amor a Cristo disminuyó. Sus ovejas fueron descuidadas. La iglesia se aferró al poder temporal. Aquella santa separación y sencillez que la caracterizó en sus inicios, cuando «de los demás nadie se atrevía a unirse a ellos, pero el pueblo los engrandecía», pronto se convirtió en cosa del pasado. Se durmió, y mientras los hombres dormían, el enemigo sembró cizaña. Así, la iglesia dejó de reflejar el carácter de su Señor. Por esta razón cayó; y su caída ilustra la misma verdad que se ve en la historia de Israel. Dios no tolerará la negación de su carácter en aquellos que ocupan el lugar de testimonio de Él aquí. «La santidad conviene a tu casa, oh, Señor, para siempre» había sido escrito en relación con Israel, pero cuando Cristo vino, dijo que la habían convertido en una cueva de ladrones. «Santificados en Cristo Jesús, llamados santos», es la descripción apostólica de la iglesia, pero hace mucho que dejó de responder a ella. Es bien sabido que existen personas en todas partes consagradas al Señor y a su servicio. Sin embargo, este no es el punto. Hablamos de la iglesia *en su conjunto* como un testimonio establecido de Dios en la tierra, y al considerarla desde esa perspectiva, sólo podemos repetir lo que ya se dijo de Israel: «Los reyes de la

tierra y todos los habitantes del mundo no habrían creído que el adversario y el enemigo entrarían por las puertas de Jerusalén». Esto se evidencia en los métodos mundanos de la iglesia y en su pobreza espiritual.

* * * * *

Llegamos ahora al **punto principal** que nos ocupa al escribir estas observaciones, y debemos pedirle nuevamente al lector que omita un intervalo considerable y traslade sus pensamientos a un período a principios del segundo cuarto del siglo pasado.

Ya hemos contemplado una reunión en un aposento alto en Jerusalén, y ahora se nos invita a presenciar una similar en una sala de subastas en la calle Aungier, Dublín. Unos pocos cristianos se reúnen para participar de la Cena del Señor en memoria de Él. Y esto sin depender de ningún ministerio ordenado por los hombres. Lo que más les preocupa es la constatación de la presencia del Señor y el hecho de que son uno en Él. Dieciocho siglos separan a ambos grupos. Mucho ha sucedido desde entonces. La predicción del apóstol Pablo se ha cumplido, y el rebaño de Dios se ha dispersado como resultado de la entrada de «lobos feroces» y de hombres que se levantan «hablando cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos».

En la época a la que ahora aludimos, los verdaderos hijos de Dios estaban divididos en numerosas sectas, de modo que muchos nunca se sentaban juntos a la Cena del Señor, ni siquiera se reunían públicamente para adorar. Los hijos de Dios, *como tales*, no tenían comunión visible alguna. Sin embargo, a Dios le plació abrir los ojos de algunos de sus hijos en distintos lugares y por diferentes medios, para que vieran que esto no se ajustaba a su voluntad, pues distaba mucho de satisfacer los deseos de sus corazones. Comenzaron a comprender cuán estrechamente unidos estaban a Él como hijos suyos, y entre sí como miembros del mismo cuerpo del cual Cristo era la cabeza, y esto explica la reunión a la que nos referimos. Una reunión de este tipo se intentó por primera vez en Fitzwilliam Square, Dublín, alrededor del año 1829. Parece que continuó así hasta que el aumento de su número hizo necesario trasladarse a otro lugar, y en consecuencia se alquiló la sala de subastas ya mencionada, y este parece haber sido el primer lugar de reunión pública.

Allí, en esa habitación, estos fieles y devotos seguidores del Señor Jesús se reunían, libres de toda barrera sectaria. En aquel entonces, desconocían el alcance que alcanzaría su encuentro, pero conscientes en el Espíritu de su unidad en Cristo y deseando únicamente seguir la palabra de Dios, se alegraban de reunirse cada primer día de la semana. No se exigía ningún requisito para ser

miembro, salvo pertenecer al «único cuerpo», acompañado de pureza de doctrina y santidad de conducta. ¿Qué mayor bendición podría haber, tras siglos de oscuridad, corrupción y división, que el hecho de que estos seguidores del Señor fueran traídos a la luz y descubrieran que aún era cierto que existía «un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como fueron llamados a una sola esperanza, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos»?

Así es como se describe. [Nos llevaron] a "alquilar una gran sala de subastas en la calle Aungier para nuestro uso los domingos, ¡y oh!, las benditas temporadas con... mientras apartábamos los muebles y poníamos la sencilla mesa con su pan y vino los sábados por la noche, temporadas de alegría jamás olvidadas, pues sin duda teníamos la sonrisa y la aprobación del Maestro al comienzo de tal movimiento".

Sí, así fue. Miles de personas pueden dar fe de ello incluso hoy en día. Pero, ¡ay!, hay otra cara de la moneda. ¿Quién podría haber previsto todo lo que surgiría de aquel movimiento inicial?

En cierta ciudad, según se nos dice, existen ahora *trece* reuniones sin ninguna Inter comunión. Pertenecer a cualquiera de ellas implica quedar excluido de las demás. Sin embargo, todas son resultado de la reunión original antes mencionada. Este hecho requiere una profunda reflexión. Que se haya producido una situación diametralmente opuesta a la prevista ofrece, al menos, material para la reflexión. El mismo movimiento que comenzó con el fin de superar las barreras que separaban a los cristianos ha llegado al punto de erigir barreras mucho más insuperables. Comenzó con el propósito de erradicar la división y el sectarismo, y ha terminado enfatizando y perpetuando precisamente estos males. Existía cierto grado de Inter comunión entre cristianos de diferentes sectas antes de que comenzara este movimiento; ahora no existe ninguna entre los grupos que surgieron de él. ¿Qué ha llevado a un resultado tan calamitoso? La investigación seguramente arrojará una moraleja, si no es que ya constituye una historia. Al recordar aquel primer encuentro, con sus esperanzas y aspiraciones, y al mirar a nuestro alrededor tras el paso de los años, seguramente podemos repetir las palabras de Jeremías: «Los reyes de la tierra y todos los habitantes del mundo no habrían creído que el adversario y enemigo entraría por las puertas de Jerusalén».

Sin embargo, así ha sido, y no puede resultar inútil intentar explicar por qué un movimiento que tuvo su origen en auténticos anhelos espirituales y en el poder espiritual ha producido resultados que todo hombre espiritual debe lamentar.

Primero: La raíz de gran parte del problema reside, sin duda, en que el movimiento se convirtió en gran medida en un movimiento *eclesiástico*. Es poco probable que sus promotores lo pretendieran o previeran lo que se avecinaba. Menos probable aún que esta fuera la intención divina. Prevenirlo, mantener el verdadero carácter espiritual de este impulso divino que latía en los corazones de tantos fervientes, era el verdadero problema. A medida que aumentaba el número de seguidores y disminuía la espiritualidad, la tarea se volvía cada vez más difícil. Es muy fácil perder de vista y desvincularse de una idea espiritual, y sustituirla, al desplazarla, por una organización visible. Como alguien bien dijo, estableciendo así un principio de aplicación universal: *«la idea crea la organización, la organización destruye la idea»*. Esto nunca se ilustró mejor que en el movimiento del que hablamos. La idea original era la unidad, la comunión, la expansión de la vida espiritual, la eliminación de las barreras eclesiásticas. Esto condujo a la organización. El resultado ha sido la desunión, la separación, la contracción y la elevación de barreras más altas que nunca. En lugar de solidarizarse con todos los creyentes, se centraron en unos pocos.

Es posible precisar casi al instante el momento en que esta organización comenzó a surgir. Si alguien duda de su existencia, que lea atentamente lo siguiente, escrito alrededor de 1838: «La pregunta a la que me refiero es: *¿cómo se deben regular las reuniones para la comunión de los santos en esta región?* ¿Sería para la gloria del Señor y el aumento del testimonio tener *una reunión central*, responsabilidad común de todos los que estén al alcance, *y tantas reuniones subordinadas a ella* como la gracia permita? ¿O sería mejor permitir que *las reuniones se desarrollen libremente, sin conexión alguna, y dependiendo únicamente de la energía de los individuos?*». Aquí vemos los primeros brotes del eclesiasticismo. ¡Cuánto mejor hubiera sido confiar en Dios y en que la vida que Él nos había dado se manifestara de la manera adecuada! Podemos mirar hacia atrás y ver cómo la idea estaba creando una organización, una organización que acabaría por destruirla. Que algunos ya entonces percibían el peligro se desprende del siguiente texto, escrito en aquel momento: «Siempre he entendido que nuestro principio de comunión reside en la posesión de la vida común de la familia de Dios; estos fueron nuestros primeros pensamientos, y son los que he madurado. La transición que han experimentado vuestros pequeños cuerpos, al no ser ya testigos de la gloriosa y sencilla verdad, sino testigos contra todo lo que consideran error, los ha rebajado, a mi parecer, del cielo a la tierra en su posición de testigos. En el momento en que el testimonio de la vida común como nuestro *vínculo* da paso a nuestro testimonio *contra* los errores mediante la separación de personas y la predicación... todo individuo o grupo de individuos se presenta primero ante la mente como aquellos contra quienes podría ser necesario dar testimonio, y toda su conducta y principios deben ser examinados y aprobados antes de poder ser recibidos, y la posición en la que os colocarán al ocupar el trono del juicio será esta: el más estrecho de miras y fanático gobernará porque su conciencia no puede ni quiere ceder, y por lo tanto, el corazón más abierto deberá ceder». Estas palabras, especialmente las finales, fueron proféticas.

Convertir tantas reuniones afiliadas en una especie de sustituto de las bendiciones y la vida común que poseen todos los creyentes, y que los unen a todos, es sustituir lo artificial por lo vivo. Porque suponiendo que las personas pertenezcan a ciertas reuniones y se relacionen sólo con ellas, ¿qué garantía hay de que caminen en el Espíritu y manifiesten la vida divina? Revela su propia insuficiencia. Una breve reflexión convencería sin duda a cualquiera de la imposibilidad de intentar abarcar a todos los hijos de Dios en cualquier sistema eclesiástico actual. Intentarlo y fracasar sólo significa crear otra secta. Dios mismo ha establecido la organización que es la única que puede abarcar a todos sus hijos, y no podemos sustituirla por otra.

El efecto, tanto para quienes se identificaban con el movimiento como para quienes no, ha sido igualmente desafortunado. En un caso, el efecto inevitable fue el ensimismamiento, y finalmente se arraigó la idea de que «nosotros somos el pueblo»; la Mesa del Señor sólo está con nosotros; sólo nosotros nos reunimos en el nombre del Señor. El efecto moral de esto es demasiado evidente como para requerir mención. Mientras que, para el observador externo, el movimiento acabó siendo considerado simplemente otra secta, y a medida que crecían las divisiones, se convirtió en la más dividida de la cristiandad.

Al celebrar trece reuniones en un mismo lugar, ninguna de las cuales permitía la Inter comunión, resulta evidente que, por mucho que la idea haya dado origen a la organización, esta la destruyó, pues quienes se reunieron en Aungier Street en 1829 no pretendían, sin duda, crear nuevas barreras a la comunión. Si no se hubiera intentado establecer un sistema eclesiástico, las trece reuniones habrían sido imposibles. ¿Acaso los cristianos que comprendían lo que realmente los unía no debían reunirse? Tenían plena libertad para hacerlo. Pero esto podría haberse logrado sin adoptar una postura eclesiástica tan definida como para dar origen a una organización que tendía a oscurecer las ideas que le dieron sentido. Fue al asumir un estatus eclesiástico *con poderes jurisdiccionales* y el reconocimiento explícito de un círculo de reuniones en lugar de un "cuerpo único", que se traspasó el límite y se abrió la puerta a todo tipo de problemas. Sin duda, en aquel momento no se previó todo lo que se derivaría de tal rumbo, y aquí no se pretende culpar a nadie. La conciencia de la deuda con quienes nos precedieron es más apropiada y abiertamente reconocida. Al mismo tiempo, las "trece reuniones" dan testimonio elocuente del resultado real. Tampoco cabía esperar otro resultado. Si un sistema eclesiástico establecido por apóstoles bajo sanción divina se ha torcido y distorsionado hasta volverse irreconocible, es poco probable que manos ajenas a la orden apostólica puedan reconstruirlo. El éxito en tal empresa parece imposible, y de hecho así se ha demostrado. ¿Acaso Dios permitiría un resurgimiento de lo que ya se había derrumbado? La iglesia tenía su organización. El apóstol Pablo había establecido congregaciones en multitud de lugares. Lo puso todo en orden. Pero durante siglos su obra en este sentido había desaparecido; él mismo sabía que la ruptura de lo externo era inminente, si es que no había comenzado ya antes de su muerte. ¿Dice acaso algo sobre la resurrección? ¿Da instrucciones al respecto en sus directrices, que se refieren

expresamente al período en que nos encontramos? Ninguna. Los puntos principales de su Segunda Epístola a Timoteo son: el propósito de Dios y la gracia en Cristo, que nada puede alterar; la disposición para sufrir aflicción; el estado moral del creyente y la separación *individual* del mal; y, por último, la predicación. Vuelve a este tema repetidamente en el capítulo final.

Sin duda, todo esto será admitido. Lo extraño es que no hemos sido fieles a nuestra propia teoría. Nadie ha proclamado con más vehemencia la ruina de la iglesia. Nadie ha actuado menos como si así fuera. No sólo se ha intentado, entre las ruinas, aplicar las Escrituras al pie de la letra, sino que a menudo se las ha dejado muy atrás. Un sistema más estricto, más convincente y con ramificaciones más sutiles que cualquier cosa que las Escrituras conozcan, ha estado vigente durante muchos años. ¿Acaso sorprende que las "ruinas" se hayan vuelto aún más ruinosas?

Quienes vivimos hoy para presenciar este resultado, tal vez podamos concluir con razón que otro sistema eclesiástico no era lo que Dios deseaba. Nos vemos igualmente obligados a llegar a esta conclusión si lo consideramos desde otro punto de vista. Un siervo del Señor, a quien muchos de quienes leen estas líneas sentirán que deben más de lo que pueden expresar, dijo, casi con su último aliento: «No olvidemos los escritos de Juan mientras insistimos en los de Pablo». Los escritos de Juan ocupan un lugar muy particular. Son los últimos registros inspirados. Siendo así, sin duda, entre otras cosas, tienen como propósito destacar lo que es de suma importancia durante la caída de la iglesia en la corrupción eclesiástica. ¿Acaso sorprende a alguien encontrar un silencio casi absoluto sobre todo lo eclesiástico? Por otro lado, cuántos pasajes parecen escritos especialmente para advertirnos contra la forma, la tradición y todo lo que es meramente externo. En el capítulo 2 se insinúa expresamente que el templo visible sería desplazado. En el capítulo 4, «ni en este monte, ni todavía en Jerusalén» debían los verdaderos adoradores adorar al Padre. Así debía ser de ahora en adelante, en espíritu y en verdad. Era difícil imaginar algo más flexible. En los capítulos 5, 6 y 7, las diversas fiestas judías, en lugar de encontrar su equivalente en el cristianismo, son simplemente puertas de entrada a alguna verdad espiritual, para luego caer en desuso. En el capítulo 8, en lugar de privilegios nacionales, o incluso eclesiásticos, es la verdad la que libera. En el capítulo 9, es aquel excluido de todo privilegio eclesiástico y rechazado por la jerarquía de la época con quien el Señor se relaciona y a quien guía al pleno conocimiento de Sí mismo. En el capítulo 10, donde se aborda la formación de una nueva comunidad, dejando de lado el antiguo orden, y donde, si en algún lugar, cabría esperar encontrar normas eclesiásticas, no hay nada de eso, sino la más simple de todas las ideas: un solo rebaño y pastor. Y así sucesivamente. No sólo hay una completa ausencia de una fórmula eclesiástica, sino que ni siquiera se mencionan las ordenanzas. Ni el bautismo cristiano ni la Cena del Señor se mencionan en ningún momento en el Evangelio de Juan ni en sus Epístolas.

Todo esto es sin duda significativo. ¿Hemos comprendido suficientemente su

importancia? Si es así, no podremos eludir fácilmente la convicción de que en estos escritos encontramos una guía especial para nosotros en estos tiempos en que la administración encomendada a Pablo, en lo que respecta a lo externo, se ha desmoronado irremediablemente. Nunca leemos que el apóstol Juan fundara una asamblea. El apóstol Pablo fundó muchas. No tenemos epístolas del primero a las asambleas. Tenemos muchas del segundo. Juan nunca se refiere a las ordenanzas; Pablo, repetidamente. ¿Por qué esta marcada diferencia? Debe haber una razón. ¿No reside acaso en el hecho de que la obra de Pablo, *en lo que respecta a lo eclesiástico*, estaba destinada a desaparecer? Juan sólo se ocupa de lo permanente. En consonancia con esto, encontramos a Pablo hablando frecuentemente de su partida y la consiguiente desintegración de la iglesia. Con Juan es al revés, él siempre está presente. Como el Señor dijo de él: «Si quiero que él permanezca hasta que Yo venga, ¿qué te importa a ti?» (Compárese Hechos 20:29-30 y 2 Timoteo 4:6 con 2 Juan 12 y 3 Juan 14). Incluso Pablo, como hemos visto, no tiene ningún pensamiento de edificar nada eclesiástico después de que la ruina se hubiera instalado. Su última palabra a los ancianos de Éfeso es: «Ahora bien, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para *edificaros* y daros herencia entre todos los santificados». Eso es todo. «Edificaros». Que el alma sea edificada es lo supremo. Y esto es precisamente lo que Juan viene a hacer, y lo que, bajo la enseñanza divina, es tan capaz de hacer. Si poseemos lo que este escritor inspirado puede darnos, si las glorias de su primer capítulo nos ocupan; si conocemos nuestro lugar en ese templo invisible, donde cada rincón proclama la gloria de Dios, de la cual se hace mención en su segundo capítulo; si llevamos dentro de nosotros el manantial de agua viva del que habla en Juan 4; y la vida aún más abundante de Juan 10; y mucho más, bien podemos contentarnos de dejar la arquitectura eclesiástica a quienes no tienen nada mejor.*

{* Al decir esto, no pretendemos menospreciar *la enseñanza de Pablo*, ni mucho menos sustituirla, como algunos han supuesto. Una lectura atenta habría evitado tal malentendido.}

Cabe preguntarse: «Si existe un sistema eclesiástico, ¿qué se debe hacer?». Insistamos en todo aquello a lo que se da especial importancia en los escritos de Juan y, cada uno, manténgase lo más libre posible de todo lo que tenga que ver con una organización eclesiástica. Recordemos, como alguien ha dicho, que «todas las sociedades religiosas viven gracias al espíritu que hay en ellas. Mueren en la medida en que son manipuladas con mano autoritaria y arbitraria. Porque la manipulación arbitraria es la muerte del espíritu. Es la mayor blasfemia suponer que somos más sabios que Dios». De una cosa podemos estar seguros: tarde o temprano, todo sistema eclesiástico se convertirá en un obstáculo para la obra de Dios.

Segundo: Al considerar **las causas** de los desafortunados acontecimientos relacionados con el movimiento aquí mencionado, llegamos, en segundo lugar, a **las divisiones que se han producido**.

Estas han sido consecuencia de, y están directamente relacionadas con, el hecho de que el movimiento haya asumido una forma eclesiástica. Ha habido cinco de ellas en los últimos veinticinco años*. Es decir, una división mundial cada cinco años. Cuando consideramos lo que significan estas divisiones —el dolor, la perplejidad y la separación, con toda la amargura que conllevan, y sin esperanza de reconciliación— la idea resulta simplemente abrumadora. Esto es suficientemente espantoso, pero no es todo. Quienes conocen estos episodios saben la cantidad de tiempo y reflexión que consumen. Porque estas cuestiones no se resuelven en un día. Se extienden a lo largo de semanas, meses e incluso años. La correspondencia que generan es prodigiosa. Los panfletos publicados (y que los creyentes de todo el mundo fueron llamados a leer) en relación con tan sólo una de ellas llenarían un volumen. Si se tiene todo esto en cuenta, parece que durante un cuarto de siglo no hemos hecho otra cosa que dividirnos. ¿Y qué efecto tienen tales controversias en el rebaño de Dios?

{*Desde que se escribió lo anterior, hace doce meses, se ha consumado otra.}

A veces parece como si la gravedad de estas divisiones nunca se hubiera tenido suficientemente en cuenta, y que su causa es doble. En parte, se deben a un eclesiasticismo innecesario e injustificado; y en parte, a no haber comprendido que una medida menos drástica que la separación total habría sido suficiente.

No es necesario entrar en detalles. Los principios son mucho más importantes. Sólo la Escritura puede proporcionárnoslos. Al lidiar con el mal (pues mientras exista el estado actual de las cosas, el mal seguramente se manifestará en la iglesia), no nos quedamos sin guía. ¿Con qué fundamento tenemos derecho a negar la comunión a cualquiera que se profese cristiano? La Escritura nos ofrece al menos dos ejemplos. En la Segunda Epístola de Juan leemos: «Todo aquel que se extravía y no permanece en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios. ... Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en vuestra casa ni le deseéis la paz; porque el que le desea la paz participa de sus malas obras». He aquí, pues, un claro caso de alguien que negó la verdad fundamental del cristianismo. No debe haber comunión con él. En 1 Corintios 5 tenemos un caso diferente. Aquí no se trata de doctrina, sino de conducta moral. Se ha perpetuado un mal de carácter muy grave, ¿y cómo debemos enfrentarlo? El apóstol dice: «Expulsad de entre vosotros a ese malvado». Aquí, una vez más, no podemos dejar de señalar la diferencia entre Pablo y Juan. Juan presenta el asunto desde un punto de vista individual, y difícilmente podríamos pensar que existiera una iglesia (pues la iglesia, hay que entenderlo, se había convertido en un lugar *del que se expulsaba a la gente* —y no a gente mala, por cierto—, véase 3 Juan), y la instrucción respecto al malvado es: «No lo recibáis en vuestra casa». Es decir, *mantenedlo fuera*. En cambio, Pablo reconoce una asamblea *de la que* se debe expulsar al malvado.

Los dos casos mencionados anteriormente son los únicos en los que la negativa absoluta de las partes implicadas es obligatoria; y sólo por tales razones podemos negar la comunión a alguien. Sin embargo, el tema de la división mundial apenas se aborda en ninguno de ellos. En un caso se trata de una acción individual, en el otro, del acto de una asamblea local. Lo cierto es que las Escrituras no proporcionan ningún ejemplo de que tal cosa haya ocurrido. Sí mencionan una conferencia en la que se resolvió una controversia mundial y se evitó una posible división (véase Hechos 15). Pero ¿acaso sorprenderá a alguien saber que las Escrituras no ofrecen ninguna sugerencia sobre el tipo de división a la que algunos lectores de estas líneas se han acostumbrado? Respecto a este asunto, guardan absoluto silencio. Las Escrituras no nos ofrecen ninguna inferencia que pudiéramos haber extraído*

{* Que la división mundial pueda ser necesaria es totalmente admitido; sólo señalamos ciertos hechos.}

Un análisis de los pasajes que se refieren a la manifestación del mal que exige disciplina confirmará lo que se acaba de afirmar. Los pasajes son los siguientes: Mateo 18:15-17; Romanos 16:17; 1 Corintios 5; 1 Tesalonicenses 5:14; 2 Tesalonicenses 3:6, 14; 1 Timoteo 1:19-20, 5:20, 6:5; 2 Timoteo 2:19-26, 3, 5; Tito 1:9-13, 3:10; 2 Juan 9-10.

1. Tenemos un caso de transgresión personal. Si el transgresor permaneció obstinado después de toda súplica y protesta, la amonestación es "que sea para *ti* como un pagano y un publicano". Con cuánta frecuencia esto se ha interpretado como "que sea así para la *iglesia*". Y bajo esta premisa, no pocas veces se ha excluido por completo a personas del círculo cristiano (en la medida en que sea posible en un día como este). Sin embargo, esto no involucra a la iglesia en absoluto. Es simplemente "déjalo ser para *ti*". Aunque la iglesia debe participar en la búsqueda de la reconciliación. Aparentemente, no en nada más.
2. El caso de aquellos que causan divisiones y ofensas contrarias a la enseñanza. La instrucción del Apóstol es: evítalos.
3. El caso del mal moral flagrante: "Apártalo".
4. El desordenado: Adviértele.
5. El desordenado: Apártate de él.
6. Desobediencia al mandato apostólico: No te juntes con él.
7. Blasfemos: Entregados a Satanás por el Apóstol. 8. Los que pecan: "Repréndelos". 9. Disputas perversas: "Apártate de ellas". 10. Vasos de deshonra: "Purifícate". 11. Quienes tienen apariencia de piedad, pero niegan su eficacia: «Apártate». 12. Quienes son indisciplinados, vanidosos y engañadores: «Hay que callarlos». 13. Quien es hereje: «Recházalo» (o evítalo). 14. Quien no permanece en la doctrina de Cristo: «No lo recibas en tu casa».

Estos son todos los casos mencionados en las Escrituras donde se ordena alguna forma de disciplina. En términos generales, parecen existir cinco tipos: rechazo absoluto, entrega a Satanás, evitación (con esto se incluyen "retirarse", "no tener compañía con", "purificarse de" y "apartarse"), advertencia y reprimenda. Se observará que la forma más frecuente es la que se incluye bajo el epígrafe de "evitar", etc. Sin embargo, esta es sin duda la forma menos popular hoy en día. ¿Será porque el método más sencillo para eliminar los problemas es deshacerse por completo del causante? Sin embargo, en lo que respecta a este tipo de acción *colectiva*, sólo hay un ejemplo de los catorce casos enumerados anteriormente. Tampoco se debe pasar por alto otro hecho: existe ahora una tendencia a convertir todo en una cuestión de partir el pan. En los casos mencionados, si bien estaría claramente involucrado en el caso de Corinto, y sin duda lo estaría en el caso de los blasfemos y aquellos que no trajeron la doctrina de Cristo, en los demás *la fracción del pan ni siquiera se menciona una sola vez*.

Lo cierto es, y no se puede afirmar con suficiente claridad, que si la comunión de la Iglesia de Dios en aquellos primeros tiempos hubiera sido susceptible de ser interrumpida por asuntos que hoy la obstaculizan, habría desaparecido hace mucho tiempo. Un sistema de disciplina semejante habría resultado autodestructivo. El mundo lo habría considerado, en cualquier caso, no una bendición, sino una molestia intolerable, y se habría librado de él, tal como hicieron los japoneses en su propio país porque los cristianos no lograban ponerse de acuerdo entre sí. Sin embargo, la asamblea del Dios viviente nunca tuvo la intención de asentarse sobre una base tan inestable, ni de estar expuesta a tantas causas de desintegración. Su propósito era representar el carácter de Dios ante los hombres, y por lo tanto, la división nunca se contempló salvo en asuntos vitales para su propia existencia.

«Pero», dice alguien, «¿acaso no dice también: “Debe haber sectas entre vosotros, para que se manifiesten entre vosotros los aprobados”? ¿No nos lleva este texto a prever la división y parece aprobarla?» Ciertamente, implica que la situación aquí descrita se daría, sólo que las sectas a las que se refiere este pasaje estaban *dentro*, y no eran del mismo carácter que las que estamos considerando. No se trataba de un solo grupo que afirmaba tener la razón y se negaba a compartir con quienes no pertenecían a él. La cita es 1 Corintios 11:19, y si se lee el versículo anterior, queda claro que los cismas estaban dentro. Dice: «Porque, en primer lugar, *cuando os reunís en la iglesia* oigo que hay entre vosotros cismas». Esto ya era bastante malo, pero no tanto como una separación total. No nos reunimos en la iglesia con aquellos de quienes estamos divididos, y por lo tanto, nuestras divisiones deben ser muy diferentes a las que aquí se contemplan. Sin embargo, ¿cuántas veces se ha citado este pasaje como justificación de lo anterior? Se verá que no ofrece ningún tipo de apoyo a la división en el sentido de dejar de compartir el pan.

Es cierto que ha habido divisiones en la Iglesia a nivel mundial a lo largo de sus más de mil ochocientos años de historia. Surgieron enemigos de la verdad y

obreros del mal, lo que hizo inevitable la división; y hombres fieles no han escatimado esfuerzos para defender la fe a toda costa. ¿Quién puede olvidar la audaz exclamación de Atanasio: «¡Atanasio contra el mundo!» y su implacable oposición a los arrianos? Pero en todos estos casos, se planteaban cuestiones de vital importancia, como la verdadera divinidad de Cristo, la doctrina de la Trinidad y la esencia misma del evangelio. Así fue en la época de la Reforma. Además, eran cuestiones que atañen a todo creyente y que conciernen directamente a su fe individual. ¿Puede decirse lo mismo de las cuestiones actuales, que han provocado verdaderas tormentas de controversia y han dividido a los cristianos para siempre? ¡Ay, no! Han sido asuntos que no preocupan a los cristianos comunes, ni siquiera a los más devotos, y en cuyas complejidades no han podido profundizar.

Alguien ha dicho acertadamente que debemos distinguir entre la *esencia* del evangelio y su *perfección*. Es posible que un siervo presente una, pero no la otra. Pero ¿acaso debe ser tachado de hereje por ello y excluido de toda comunión y servicio, salvo con aquellos que lo siguen en su exilio? ¿Quién, cabe preguntarse, puede presentar la verdad en toda su perfección? El efecto de la controversia sobre tales puntos es sólo confundir a los ingenuos y causarles un daño infinitamente mayor que si se permitiera al supuesto infractor seguir su camino en paz. La gran mayoría de los cristianos son incapaces de juzgar tales puntos, y no se les pide que lo hagan. Una característica destacada de la mayoría de las divisiones ha sido la absoluta falta de claridad en cuanto al tema. Y esto por la sencilla razón de que no había nada importante en juego. No ha habido ningún principio amplio, bien definido o de vital importancia. Y la consecuencia ha sido la confusión y el ruido mediático. Si se tratara de hombres piadosos que compartieran la misma verdad sobre la persona y la obra del Señor, y todo lo fundamental, y que coincidieran en la verdad de la Iglesia, no se encontrarían en bandos opuestos. Tampoco habría hoy trece reuniones en una misma ciudad sin Inter comunión. ¡Qué poco imaginaban aquellos que se reunieron por primera vez en la calle Aungier de Dublín que la disciplina eclesiástica sería la piedra en la que se estrellaría el movimiento, o que llegaría el día en que el privilegio que reclamaban para sí mismos de reunirse para compartir el pan les sería negado a otros! ¿Acaso no es cierto que «la idea crea la organización, y la organización destruye la idea»?

Las observaciones anteriores no deben interpretarse, sin duda, como un intento de encubrir el mal o de restarle importancia. Nada más lejos de la intención del autor.

Russell Elliott